

«PRESOS DE LAS PALABRAS».
REPUBLICANISMO Y POPULISMO FALANGISTA
EN LOS AÑOS SESENTA*

JAVIER MUÑOZ SORO
UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID

INTRODUCCIÓN

Se dice que a Franco le gustaba utilizar un proverbio de origen árabe, «el hombre es dueño de sus silencios y esclavo de sus palabras», y es verdad que pocas frases reflejan mejor su comportamiento político, que llegaba a exasperar incluso a algunos de sus más íntimos colaboradores. Muchos dirigentes falangistas, sin embargo, parecieron guiarse por una idea opuesta y acabaron siendo «presos de sus palabras», de sus excesos retóricos y de su dogmatismo alejado de la realidad. Parecía tan evidente ese contraste entre retórica y realidad que solo podía estar impulsado por el cinismo y destinado al fraude o, en los casos donde fuera más o menos sincero, conducir inevitablemente al fracaso. Precisamente de ese fraude y/o de ese fracaso de las intenciones originarias se alimentaría el desencanto de los falangistas radicales, revolucionarios o puristas, que acabaron construyendo un mito sobre su propia historia, la «Falange idealizada» como la llamó uno de ellos, Cantarero del Castillo¹.

La historiografía más reciente sobre la dictadura franquista ha intentado abordar el discurso ideológico e intelectual de sus élites desde un enfoque más atento a las lógicas internas y a su propia racionalidad, aunque son contados los estudios que se han ocupado de su evolución más allá de la inmediata posguerra, durante lo que solemos denominar «segundo franquismo»². Seguimos todavía hoy prisioneros del esquema que Ricardo Chueca resumió en una acertada frase, «la paradójica victoria de un fascismo fracasado»³, de manera que la retórica falangis-

.....
* El presente artículo se enmarca en el proyecto de investigación «Cultura y memoria falangista y cambio social y político en España, 1962-1982» (HAR2008-05949/Hist), que dirige M. Á. Ruiz Carnicer.

¹ CANTARERO DEL CASTILLO, M.: *Falange y socialismo*, Barcelona, Dopesa, 1973, p. 205.

² Entre ellos, MOLINERO, C., e YSÀS, P.: *Anatomía del franquismo*, Barcelona, Crítica, 2008, o GAL-LEGO, F.: *El mito de la Transición*, Barcelona, Crítica, 2008.

³ CHUECA, R.: «FET y de las JONS: la paradójica victoria de un fascismo fracasado», en Josep Fontana (ed.), *España bajo el franquismo*, Barcelona, Crítica, 1986, pp. 60-77.

ta se interpreta como el adjetivo de un fracaso político, un placebo sin efectos reales, un dogmatismo vacío que, al máximo, sirvió para alimentar la nostalgia de una tradición inventada y el radicalismo de ciertos grupos disidentes, aunque de hecho tolerados e incluso mantenidos por el franquismo.

Dentro de esa retórica un elemento clave fue el republicanismo, interpretado por la historiografía de acuerdo con las mismas categorías negativas que acabamos de ver. Es decir, en términos de ambición política fallida, de impotencia disimulada a través de palabras huecas que para lo único que sirvieron al final fue para alejar aún más a los dirigentes falangistas de la cambiante realidad social, de mero oportunismo o calculada ambigüedad en la competición con los monárquicos por espacios de poder, y de subordinación a Franco en la adaptación a hechos consumados, sobre todo después de la proclamación de Juan Carlos de Borbón como sucesor en 1969.

Lo que ya en 1965 Stanley G. Payne llamó «el fascismo español» compartía con otros fascismos su escasa preocupación por un sistema de ideas o un programa⁴. Robert O. Paxton, Roger Griffin o Zeev Sternhell han explicado la naturaleza profundamente ecléctica del fascismo y su pragmatismo, que le permitió llegar a toda clase de acuerdos para alcanzar el poder y ejercerlo aun en evidente contradicción con muchas de sus primeras declaraciones doctrinales⁵. Emilio Gentile también ha destacado la necesidad de estudiar el fascismo como un proceso en continuo desarrollo a través de la dialéctica entre ideología y acción, entre proyecto y realización, distinguiendo entre movimiento, partido y régimen político⁶. Eso no significa que el fascismo careciera de ideología, sino su eficaz capacidad de síntesis entre ideas de procedencias muy distintas, incluso opuestas, subordinadas en una primera fase a la conquista del poder y a la primacía de lo político. Una auténtica «doctrina del hecho»⁷.

Como sabemos, la guerra fue en el caso español la vía de acceso de Falange al poder y ello tuvo consecuencias duraderas en la conformación del nuevo sistema político, lo que los vencedores llamaron el «Nuevo Estado»⁸. Entre ellas la subordinación orgánica al ejército, con la imposición de un liderazgo en principio ajeno, el del general Franco; la hegemonía de la Iglesia católica como product-

⁴ PAYNE, S.G.: *Falange. Historia del fascismo español*, París, Ruedo Ibérico, 1965.

⁵ PAXTON, R. O.: *Anatomía del fascismo*, Barcelona, Península, 2005; GRIFFIN, R.: *The Nature of Fascism*, Londres, Routledge, 1993; STERNHELL, Z., SZNAJDER, M. y ASHERI, M.: *El nacimiento de la ideología fascista*, Madrid, Siglo XXI, 1994, e ÍD.: «Fascist Ideology», en LAQUEUR, W. (comp.): *Fascism: a Reader's Guide*, Los Ángeles, UCP, 1976, pp. 315-377.

⁶ GENTILE, E.: *La vía italiana al totalitarismo. El partido e lo Stato nel regime fascista*, Roma, La Nova Italia Scientifica, 1995 (hay traducción española: *La vía italiana al totalitarismo*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2006).

⁷ CANTARERO DEL CASTILLO: *ob. cit.*, p. 160.

⁸ Para esos años ver THOMÀS, J. M.: *La Falange de Franco: fascismo y fascistización en el régimen franquista, 1937-1945*, Barcelona, Plaza y Janés, 2001.

ra de discurso legitimador que incorporaba novedosos elementos de fascistización, pero adaptados a un contenido que seguía siendo esencialmente tradicional y reaccionario; y, sobre todo, la violencia como práctica social y política de dominación. Esa debilidad originaria, así como las sucesivas fusiones en pocos años o la pérdida de sus principales líderes, contribuyeron al eclecticismo doctrinario del falangismo, algo que estaría muy lejos de ser un inconveniente en el futuro.

La imposibilidad de hacerse con «todo» el poder aprovechando el curso de la II Guerra Mundial, como demostró la crisis de mayo de 1941, y sobre todo la derrota de las potencias del Eje en 1945 determinaron cierto ostracismo del partido único y sus organizaciones, pero en ningún caso su liquidación más o menos «honrosa», como solicitaron algunos de sus más destacados dirigentes⁹. De hecho, el debilitamiento de la presión internacional y la consolidación del régimen franquista dieron paso en 1948 a una intensa reactivación institucional, intelectual y social del falangismo que se prolongó al menos durante una década. Los cambios en el poder entre 1956 y 1957 abrieron una nueva etapa en la que Falange siguió desempeñando una importante función legitimadora y ocupando un espacio de poder considerable, a pesar de que el desarrollo político-institucional iba en una dirección distinta a la que ella defendía.

Tras el fracaso de los anteproyectos de leyes fundamentales del secretario general del Movimiento, José Luis Arrese, la entrada de los llamados «tecnócratas» en el gobierno y la salida de él de falangistas tan destacados como Raimundo Fernández Cuesta o José Antonio Girón entre 1956 y 1957, FET y de las JONS parecía condenada definitivamente a cumplir dentro del sistema un papel residual. Esta marginación institucional y decreciente influencia política sería contrarrestada con una retórica republicanizante, de marcado tono populista y demagógico, en intenso antagonismo político con los aliados/rivales dentro de la coalición gubernamental, los católicos monárquicos¹⁰. Otra consecuencia de esa crisis sería el surgimiento de una disidencia falangista más organizada, como la representada por los Círculos Doctrinales José Antonio, fundados en 1959¹¹.

Sin embargo, durante los años siguientes el falangismo logró mantener ciertos espacios de influencia social y política gracias, por un lado, a la renovación de su discurso adecuándolo a las nuevas exigencias de modernización y racionalización burocrática y por otro, de manera compatible aunque contradictoria en ocasiones, al recurso a su antiguo arsenal de estrategias discursivas y prácticas

⁹ Me refiero a las conocidas cartas de Ramón Serrano Suñer y Dionisio Ridruejo; ver MORENTE, F.: *Dionisio Ridruejo. Del fascismo al antifranquismo*, Madrid, Síntesis, 2006.

¹⁰ SAZ, I.: «Mucho más que crisis políticas: el agotamiento de dos proyectos enfrentados», *Ayer*, 68 (2007), pp. 137-163.

¹¹ Sobre los Círculos Doctrinales José Antonio, ver ELLWOOD, S.: *Prietas las filas. Historia de Falange Española, 1933-1983*, Barcelona, Crítica, 1984, p. 226.

sociales populistas. Ambas líneas, simbolizadas idealmente por los ministros Manuel Fraga Iribarne y José Solís Ruiz, no lograron sus objetivos últimos de relegitimación de la dictadura mediante la construcción de un renovado —aunque viejo en sus bases— consenso social entre los beneficiarios del sistema y las nuevas generaciones, ni menos aún impedir la imparable crisis del régimen. Pero es probable que contribuyeran a su supervivencia todavía durante tres lustros y a que unos cuantos falangistas, sin abandonar su autopercepción de fieles servidores del Estado, ahora bajo forma monárquica, tuvieran un protagonismo destacado en la salida de la dictadura.

POPULISMO Y FALANGISMO

El populismo goza de muy mala prensa. Suele ser conceptualizado como una forma inferior de ideología, como una versión degenerada de la política que, frente a la supuesta racionalidad de esta, actúa en sus márgenes y contra sus reglas recurriendo al sentimiento y la irracionalidad. Siguiendo las reflexiones de Ernesto Laclau¹², aquí voy a utilizar el concepto como una lógica política con ciertos rasgos específicos, ante todo la institución de lo social por encima de reglas institucionales, no como una ideología comparable a otras —liberalismo, socialismo o fascismo— ni como un tipo de movimiento sociopolítico delimitable. El populismo es un modo de construir lo político, presente desde el principio como un elemento fundamental de la política fascista y falangista, que esta última potenció ante el fracaso de su ambición por hacerse con todo el poder y, más tarde, de marcar el rumbo en la institucionalización de la dictadura, buscando legitimidad en la ampliación de sus apoyos sociales.

Como aconseja Laclau¹³, debe invertirse el habitual análisis del populismo y, en lugar de partir de un modelo de racionalidad política que lo entiende en términos de lo que le falta, de su vaguedad, vacío ideológico, antiintelectualismo o carácter transitorio, ampliar su racionalidad en términos de una posibilidad distintiva, pero constante en la vida política, y una dimensión de la cultura política presente en movimientos de signo ideológico muy diferente. En esa dimensión jugaría un papel clave la retórica, entendida no como una anomalía de la racionalidad política moderna, sino como «anatomía del mundo ideológico», a través de la cual no solo se satisfacen las expectativas de unos grupos sociales ya existentes, sino que se construyen identidades políticas amplias que abarcan distintos sectores de la población, normalmente de manera transversal o interclasista, constituyendo así «sujetos populistas». Al igual que en el lenguaje populista repu-

¹² LACLAU, E.: *La razón populista*, Buenos Aires, FCE, 2005.

¹³ *Ibid.*, pp. 26-27.

blicano, el «pueblo» no era una clase, sino la reunión orgánica de todas las clases¹⁴. Ya lo advirtió Patrick Joyce: una ideología populista pudo articular sentimientos de clase y ser en ese sentido lenguaje de clase, pero también habla de otros sentimientos e identidades sobre los que los términos de clase hacen poca justicia¹⁵.

En esta «producción discursiva del pueblo» no son los grupos sociales, sino las demandas articuladas y unificadas simbólicamente las que constituyen el «pueblo» como actor histórico potencial de acuerdo con una visión antagonista que lo enfrenta al «poder». De manera que los habituales mecanismos retóricos como la metáfora, la metonimia, la catacrexis —uso metafórico de una palabra para designar una realidad que carece de un término específico— o la sinécdoque —tomar una parte por el todo— se convierten en instrumentos de una racionalidad social que no puede ser desechada como meramente retórica. Es su funcionalidad performativa la que realmente nos interesa para el análisis de las culturas políticas, del mismo modo que el significado asociativo de las palabras va más allá del teóricamente denotativo y el lenguaje es, más que un sistema, un acto de comunicación a través del cual las personas interpretan la realidad como sabemos gracias a las aportaciones de Ludwig Wittgenstein o John L. Austin.

Por eso supone una pérdida de tiempo intentar dar una definición positiva, un contenido conceptual, a términos tan reiterados en el lenguaje falangista como «igualdad», «libertad», «justicia», «paz», «pan», «tierra» u «orden». Esos conceptos más que abstractos son vacíos, porque de ellos no procede la deducción lógica de ningún tipo de orden sociopolítico concreto, ni fascista ni socialista, ya que se trata de un proceso discursivo realizado a través de una sobredeterminación que une a esas palabras agravios que originariamente nada tienen que ver con ellas, pero que se expresan a través de ellas¹⁶. De tal manera que esa vacuidad no es el resultado de ningún subdesarrollo ideológico, sino que refleja el hecho de que toda unificación populista tiene lugar en un terreno social fundamentalmente heterogéneo, de ahí que su lenguaje esté repleto de «significantes flotantes», es decir, que igual aparecen en el discurso de la izquierda que de la derecha.

Los eslóganes falangistas contra la derecha, del tipo «preferimos balas comunistas a los aplausos derechoides», «menos coche oficial y más justicia social» o «no hay más aristocracia que la del trabajo»¹⁷, al igual que el falangismo «de izquierdas», anticapitalista y socializante de Emilio Romero en las páginas del diario

¹⁴ CRUZ, R.: *En el nombre del pueblo*, Madrid, Siglo XXI, 2006, p. 29.

¹⁵ JOYCE, P.: «A people and a class: industrial workers and the social order in nineteenth-century England», en BUSH, M.L. (ed.): *Social Orders and Social Classes in Europe since 1500. Studies in Social Stratification*, Londres, Longman, 1992, p. 205.

¹⁶ LACLAU: *ob. cit.*, p. 38.

¹⁷ CANTARERO DEL CASTILLO: *ob. cit.*, p. 57.

Pueblo, respondían, bajo la reivindicación del supuesto mensaje original joseantoniano, a esa necesidad de alimentar una cultura política sin aislarla del presente. Hasta se permitían afirmar que eran ellos quienes seguían el ritmo de la historia, frente a las versiones más «reaccionarias» del parlamentarismo liberal, la democracia partitocrática o el egoísmo individualista.

El ultranacionalismo con sus correlatos de unidad superadora de las divisiones internas y de exclusión de «los otros» de la comunidad, la retórica socializante y anticapitalista, el antiintelectualismo con su consiguiente desprecio hacia los programas detallados y las ideas elaboradas, el gusto por el gesto, el estilo y la estetización de la política, la idealización de una democracia plebiscitaria y, sobre todo, la exaltación del pueblo, su incorporación orgánica a la política y su vinculación emocional al líder carismático, son todos ellos rasgos populistas que formaron parte del fascismo desde sus orígenes¹⁸. La particularidad del falangismo a partir de 1945 fue que alimentó con ellos una cultura política que hundía sus raíces en la breve experiencia republicana y en la radical experiencia de la guerra, pero que logró renovarse en las décadas siguientes bajo su aparente continuidad.

Es verdad que las sucesivas adaptaciones doctrinales al cambio de circunstancias internacionales y la grave crisis en que desembocó la polémica cultural de los años cincuenta, con el sucesivo alejamiento del régimen de algunos de sus más destacados intelectuales, dejó a esa retórica populista casi como el único cemento identitario de los falangistas. Que los más radicales hicieran de su historia un mito y pretendieran que la realidad se adaptara a él no quiere decir, sin embargo, que su retórica fuera un adorno absurdo al que los historiadores no tendrían que dedicar su precioso tiempo. De hecho, constituyó la base de una ideología tan operativa como cualquier otra, y guió a los políticos falangistas en su gestión del poder y en su competición por el poder.

Tampoco es incompatible que el populismo participe en el poder y, al mismo tiempo, se presente a sí mismo como una subversión de este o como el punto de partida de una reconstrucción más o menos radical del orden de cosas existente: puede suceder cuando el poder se encuentra de alguna manera fracturado¹⁹. En ese sentido, el mensaje palingenésico original del fascismo sobrevivió en el discurso de la «revolución pendiente» que, por un lado, alimentó las sucesivas disidencias del ultrafalangismo, pero que, por otro, no dejó de ser esgrimido también desde el discurso oficial y del propio Franco. Por ejemplo, en su discurso de clausura del II Congreso Sindical en marzo de 1962, en un contexto político marcado por la solicitud de apertura de conversaciones con el Mercado Común Europeo, declaraba:

¹⁸ GRIFFIN, R.: «The palingenetic core of generic fascist ideology», en CAMPI, A. (ed.): *Che cos'è il fascismo? Interpretazioni e prospettive di ricerche*, Roma, Ideazione, 2003, pp. 97-122. ÁLVAREZ JUNCO, J. y GONZÁLEZ LEANDRI, R.: *El populismo en España y América*, Madrid, Catriel, 1994.

¹⁹ LACLAU: *ob. cit.*, p. 221.

Vivimos una revolución, y no lo podemos olvidar. Por lo tanto, no tiene que preocuparnos el que nos desfasemos con otras naciones o con el sentir de otros países de Europa, apegados a sus viejos sistemas, porque estamos haciendo una revolución: una revolución en España y, sin duda, una revolución en Europa²⁰.

En ese discurso fueron formadas sucesivas remesas de jóvenes militantes en organizaciones como el Frente de Juventudes y durante los años cincuenta fue dominante en sus publicaciones, como *Juventud*, o en las revistas del Sindicato Español Universitario (SEU) como *Alferez*, *La Hora*, *Alcalá* o *Laye*²¹. Porque en el franquismo se dio esa dialéctica aparentemente contradictoria entre formación-socialización doctrinal revolucionaria de las juventudes, contención-tolerancia de sus manifestaciones y asimilación-represión de estas en cuanto amenazaban la estabilidad del sistema, que encontramos también en el fascismo italiano. Como escribió Gino Germani, «cuanto más exitosos eran los mecanismos dinamizantes, más se veía obligado el partido a restringirlos o eliminarlos», de acuerdo con una constante de los regímenes dictatoriales de todo tiempo y lugar²². Lo cual provocaba la consiguiente frustración de esos jóvenes que habían creído en la revolución, de esos «jóvenes “nuestros”, salidos de las vanguardias, de los grupos universitarios, de los centros de preparación política del partido», en cuya alma crecía, al decir de Giuseppe Bottai en 1942, «un marasmo oscuro y profundo»²³.

Ese «juvenilismo» exaltado sobre el que advirtió Laín Entralgo en su conocido informe sobre *La situación espiritual de la juventud española* de 1955 chocaba con un régimen que envejecía sin dar paso a las nuevas generaciones, porque el fascismo fue «un movimiento de jóvenes, pero no joven»²⁴. En el caso español, además, el florecimiento de la cultura juvenil falangista desde 1948 se encontró con un corte o *decalage* generacional provocado por el desencanto de los más caracterizados intelectuales falangistas de la primera hora tras la caída del ministro Joaquín Ruiz-Giménez y su equipo en 1956²⁵.

Como señala Sheelagh Ellwood, de esa crisis surgieron tres líneas de evolución: la de los jóvenes cuya frustración condujo al abandono de su militancia falan-

²⁰ «Franco clausura el II Congreso sindical», *ABC*, 11/3/1962.

²¹ GRACIA, J.: *Estado y Cultura. El despertar de una conciencia crítica bajo el franquismo (1940-1962)*, Toulouse, Presses Universitaires du Mirail, 1996.

²² GERMANI, G.: *Autoritarismo, fascismo e classi sociali*, Bolonia, Il Mulino, 1975, p. 47.

²³ BOTTAI, G.: *Vent'anni e un giorno*, Milán, Garzanti, 1948, p. 222, citado en VITTORIA, A.: «L'università italiana durante il regime fascista: controllo governativo e attività antifascista», en CARRERAS, J.J. y RUIZ CARNICER, M. Á. (eds.): *La universidad española bajo el régimen de Franco (1939-1975)*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 1991, pp. 29-61.

²⁴ Reproducido en MESA, R.: *Jaraneros y alborotadores. Documentos sobre los sucesos estudiantiles de febrero de 1956 en la UCM*, Universidad Complutense de Madrid, 1982, pp. 45-50. CHUECA, R.: «Las juventudes falangistas», *Studia Historica*, 5 (1987), pp. 87-104.

²⁵ MUÑOZ SORO, J.: «La disidencia universitaria e intelectual», en MATEOS, A. (ed.): *La España de los cincuenta*, Madrid, Eneida, 2008, pp. 201-221.

gista e incluso a la oposición antifranquista; la de quienes formaron grupos falangistas puristas para rescatar la doctrina original de la usurpación, y la seguida por los falangistas más pragmáticos, como Manuel Fraga Iribarne, Gabriel Elorriaga, Rodolfo Martín Villa o Miguel Ortí Bordás, punto de salida de una larga carrera en la administración y la política incluso más allá de la dictadura. Para estos últimos se debía actualizar el legado irrenunciable de la guerra con una estructura institucional adecuada a los nuevos tiempos y de hecho, frente a lo que pudiera parecer, estaban más preocupados por preservar el contenido ideológico del régimen que los «camisas viejas», quienes habían demostrado en repetidas ocasiones que se daban por satisfechos con mantener sus posiciones de poder²⁶. De esa forma el discurso populista tuvo garantizada su vitalidad todavía durante otra década.

LA JUSTICIA SOCIAL Y SUS ENEMIGOS

Si hubo un concepto de naturaleza «vacía» y potencialidad «flotante», de acuerdo con las categorías que acabamos de ver, fue el de «justicia social». Como ha señalado Carme Molinero, el reclamo a la justicia social constituyó el eje de las políticas de consenso del régimen franquista, llevadas a cabo por Falange desde el Ministerio de Trabajo, el Ministerio de la Vivienda o la Obra Sindical del Hogar, desde la Organización Sindical Española (OSE) y desde sus propias organizaciones, como el Auxilio Social, la Sección Femenina o el Frente de Juventudes²⁷. Además, el predominio falangista en una estructura de poder consolidada en los diversos niveles de la administración territorial garantizaba su influencia en la renovación del personal político de la dictadura²⁸. El reclamo social amplificado por la propaganda se convirtió en una de las fuentes de legitimidad de la dictadura ya que en él, como ha escrito Manuel Penella, se dirimía en último término «la justificación moral de la guerra», pues de otro modo «todo podía entenderse como una brutal acometida para revertir el curso de la historia»²⁹.

Si ese reclamo fue operativo, al margen de sus evidentes limitaciones políticas, fue gracias a la identificación absoluta con Franco, tan necesaria como recíproca:

²⁶ ELLWOOD: *ob. cit.*, pp. 169-171 y 176.

²⁷ MOLINERO, C.: «El reclamo de la “justicia social” en las políticas de consenso del régimen franquista», *Historia Social*, 56 (2006), pp. 93-110.

²⁸ Ver SÁNCHEZ RECIO, G.: *Los cuadros políticos intermedios del régimen franquista, 1936-1959. Diversidad de orígenes e identidad de intereses*, Alicante, Instituto Juan Gil-Albert, 1996; RODRÍGUEZ BARREIRA, O.: «La historia local y social del franquismo en la democracia, 1976-2003. Datos para una reflexión», *Historia Social*, 56 (2006), pp. 153-175; o SANZ HOYA, J.: «El partido fascista y la conformación del personal político local al servicio de las dictaduras de Mussolini y Franco», *Historia Social*, 71 (2011), pp. 107-123.

²⁹ PENELLA, M.: *La Falange Teórica*, Barcelona, Planeta, 2006, pp. 424-425.

«La Falange está con Franco y Franco cree en España porque cree en la Falange»³⁰. Para los enfoques historiográficos centrados en las «familias políticas» del régimen, el dictador habría mantenido la «claque» de la Falange porque le resultaba útil para afirmar su poder arbitral contrarrestando el peso de los monárquicos³¹. Pero la identificación con su «Caudillo» fue mucho más profunda. En palabras de Raimundo Fernández Cuesta, la Falange «no ha tenido más que un designio terminante: hicimos, hacemos y haremos lo que Franco nos ordene»³².

Los cambios en el poder producidos en la segunda mitad de los años cincuenta, que marcaban el rumbo institucional a favor de los monárquicos, y los católicos del *Opus Dei* en particular, no supusieron ni mucho menos la renuncia por parte de Falange a controlar el proceso de institucionalización para darle un sentido acorde con sus ideas³³. Pero el contraste entre el fracaso de los anteproyectos de leyes fundamentales de José Luis Arrese y la popularidad de José Antonio Girón como ministro de Trabajo durante casi diecisiete años, a quien Emilio Romero llegó a presentar desde el diario *Pueblo* como el «Perón español»³⁴, fue una lección bien aprendida por José Solís.

Nombrado delegado nacional de Sindicatos en 1951 y secretario general del Movimiento entre 1957 y 1969, Solís aprovechó la poderosa estructura de la OSE, favorecida por la Ley de Convenios Colectivos Sindicales de 1958³⁵, para llevar a cabo un rearme político e ideológico. A través de los medios de propaganda agrupados en el Servicio Nacional de Información y Publicaciones Sindicales, en especial el diario *Pueblo*, impulsó un discurso populista que perseguía fortalecer las posiciones falangistas ganando espacios de poder social. Declaró que iba a «excluir la demagogia social antigua»³⁶, pero también que «jamás arriaremos nosotros una bandera social que constituye la médula de nuestro Movimiento»³⁷. Con ese objetivo vinculó dicho discurso a la figura de Franco, como ha señalado Àlex

³⁰ ELLWOOD: *ob. cit.*, p. 171.

³¹ TUSELL, J.: *Franco y los católicos. La política interior española entre 1945 y 1957*, Madrid, Alianza, 1984. FERRARY, Á.: *El franquismo: minorías políticas y conflictos ideológicos (1936-1956)*, Pamplona, Eunsa, 1993.

³² ELLWOOD: *ob. cit.*, pp. 191-192.

³³ HISPÁN IGLESIAS DE USSEL, P.: *La política en el régimen de Franco entre 1957 y 1969. Proyectos, conflictos y luchas por el poder*, Madrid, CEPC, 2006.

³⁴ *Pueblo*, 9/3/1966, en RODRIGUEZ JIMÉNEZ, J. L.: *Historia de Falange Española de las JONS*, Madrid, Alianza, 2000, p. 533. Sobre la política social de Girón, ver MOLINERO, C.: *La captación de las masas. Política social y propaganda en el régimen franquista*, Madrid, Cátedra, 2005.

³⁵ SOTO CARMONA, Á.: «Auge y caída de la organización sindical española», *Espacio, tiempo y forma. Serie V, Historia contemporánea*, 8 (1995), pp. 247-276.

³⁶ ROMERO, E.: *Tragicomedia de España (Unas memorias sin contemplaciones)*, Barcelona, Planeta, 1985, pp. 92-93.

³⁷ «Discurso del Ministro Secretario en la clausura del curso de la Escuela Sindical de San Sebastián, *ABC*, 25/8/1959.

Amaya³⁸, presentándolo como el gran constructor del desarrollo socioeconómico de España y máximo ejemplo de la voluntad falangista de integración social, y reforzando así la conexión entre la Falange y su «Caudillo», garantes de la justicia social en el nuevo marco de crecimiento económico:

La justicia social fue una de las consignas primeras de Franco. Ya en sus primeras palabras proclamó su decisión de transformar la situación de los trabajadores (...) y, asimismo, en plena guerra, fueron puestas las bases de la Organización Sindical. Y con la justicia social, el fortalecimiento económico. La Revolución de Franco es una revolución creadora, positiva. Y justifica la serenidad de los españoles ante el futuro³⁹.

A su vez, los discursos de Franco en los actos sindicales se adecuaban de manera coherente a las demandas sociales sobre las que se construía el discurso falangista. Así, en el acto de clausura del I Congreso Sindical de 1961, afirmaba su voluntad de dar una salida «constructiva» a los «anhelos de justicia social», de «anticapitalismo» y «antiimperialismo», y a las «ansias nacionales, aspiraciones a una vida mejor», que de otra forma buscaría salida «en el comunismo o lo que sea», proclamando que «en este orden nosotros somos una solución»⁴⁰. El dictador era así utilizado como principio de autoridad en los momentos de mayor pugna política con los tecnócratas monárquicos, dentro de la cual cobraba sentido la reiterada exaltación de «lo social» en el discurso de Solís: «No creemos en la política que no cuenta con el pueblo»⁴¹. Él mismo era un hijo del pueblo, nacido en un pueblo, «que es donde está España en gran parte», la de «los magníficos trabajadores», y el día en que dejara la política y «el servicio de la Patria» volvería «como labrador, a mis tierras». Era, por otra parte, «un hombre abierto» al trato con todos los segmentos sociales:

Conozco al trabajador, vivo con el empresario, oigo a diario al técnico y sé la bondad que estos hombres llevan en sus corazones, y no comprendo por qué tenemos que agruparnos para luchar entre sí (sic), en vez de luchar en común⁴².

Con unos modos distintos —pronto pasó a ser conocido como «la sonrisa del régimen»— Solís retomaba algunos temas recurrentes en el discurso legitimador del falangismo. El más importante fue la integración, médula de la propuesta falangista tanto en su vertiente social como en la política —«desarrollo político»—

³⁸ AMAYA QUER, À.: «La figura de Franco en el discurso de la Organización Sindical Española durante los años del desarrollismo a través del Diario Pueblo (1957-1969)», *Hispania*, volumen LXVIII, 229 (2008), pp. 503-532.

³⁹ «La obra de Franco», *Pueblo*, 1/10/1958, en el vigésimo segundo aniversario de la exaltación de Franco a la Jefatura del Estado.

⁴⁰ FRANCO, F.: *Nosotros somos una solución*, Madrid, 1961, pp. 5-9, en AMAYA QUER: *ob. cit.*

⁴¹ «Clausura del Consejo Económico Sindical de Jaén», *Pueblo*, 30/5/1963.

⁴² «Hemos resuelto infinidad de problemas de España, pero otros objetivos quedan por conseguir. Declaraciones del Ministro Secretario General ante la Televisión Española», *Agencia Cifra*, 1958.

y la cultural —«política comprensiva»— defendida por los más destacados intelectuales falangistas hasta los años cincuenta⁴³. Una integración necesaria para la construcción discursiva del pueblo, acto político por excelencia, que el populismo convierte en el centro de su propuesta presentando una comunidad unida en torno a su jefe carismático.

En el caso español esto no resultaba fácil, porque en lugar de una guerra exterior que hubiera unido contra un enemigo exterior, lo que había era una sociedad brutalmente dividida por una guerra civil y un régimen que hacía de la victoria sobre el enemigo interior, la «anti-España», la principal razón de su existencia. Pero incluso una guerra civil podía interpretarse, «en su doble dimensión de triunfo militar y triunfo político», como «un valor de beneficio total para todos los españoles. Se luchó y se venció para todos. Sin discriminaciones. Sin diferencias» (sic), según declaraba Franco en su discurso durante la inauguración, el 1 de abril de 1959, del símbolo más opuesto a cualquier modelo de reconciliación, el Valle de los Caídos⁴⁴. En esa comunidad ideal del pueblo-nación el objetivo era integrar a las masas proletarias, por eso el enemigo ya no eran los vencidos, ni siquiera el comunismo, sino los tradicionales enemigos del pueblo, los privilegiados. Se trataba de «arrebatar banderas» al comunismo, en lugar de plantear la lucha sólo en términos negativos⁴⁵.

Para Solís debía «preocuparnos la falta de habilidad para combatir el comunismo», porque la huelga no bastaba con suprimirla, sino que había que «superarla con un sistema más justo de convivencia, de diálogo entre la empresa y el trabajador»⁴⁶, y se preguntaba si algunas causas de «ese fenómeno revolucionario que ha venido a trastornar una parte del mundo» eran justas, «e incluso si esas causas todavía subsisten entre nosotros»⁴⁷. La «fórmula original española» se había acabado imponiendo «gracias al resorte de la ideología, del pensamiento social-cristiano, de los beneficios que representa la unidad política, la unidad social, la unidad nacional», porque:

No hubiera sido posible el desarrollo económico en un clima de enfrentamiento de obreros con obreros, de obreros con empresarios, de banderías políticas, de división nacional y de reivindicaciones sociales carentes de base económica⁴⁸.

⁴³ Sobre la «política comprensiva», ver JULIÁ, S.: *Historias de las dos Españas*, Madrid, Taurus, 2004.

⁴⁴ «Franco preside la inauguración del Monumento Nacional a los Caídos», *Pueblo*, 1/4/1959, pp. 1-3, en AMAYA QUER: *ob. cit.*

⁴⁵ La cita es de Joaquín Ruiz-Giménez, en MUÑOZ SORO, J.: «Joaquín Ruiz-Giménez o el católico total (apuntes para una biografía política e intelectual hasta 1963)», *Pasado y Memoria. Revista de Historia Contemporánea*, 5 (2006), pp. 259-288 (p. 278).

⁴⁶ «El señor Solís aboga por un sistema más justo de convivencia», *ABC*, 17/3/1964.

⁴⁷ «Termina el II Congreso del Comité Internacional de Defensa de la Civilización Cristiana», *ABC*, 26/1/1960.

⁴⁸ «Declaraciones del ministro señor Solís Ruiz por Televisión Española», *ABC*, 3/7/1959.

Es decir, la justicia social falangista era acorde con la doctrina social cristiana y su idea de «bien común», mientras que el trabajo era una dimensión central y al mismo tiempo autónoma de la persona integrada en su vida comunitaria. De manera que, «si la actividad principal del hombre es la del trabajo, la colaboración, el entendimiento y la unidad hay que buscarlas en esta actividad y no en otra parte», a diferencia de lo que había ocurrido en el pasado:

Del clima de odio y rencor, de desunión y anarquía, patente en el panorama de la triste España del 36, hemos pasado a este otro de trabajo y progreso, de orgullo y ambición, de seguridad y esperanza que nadie puede negar a esta España de 1961⁴⁹.

El discurso de Solís hacía hincapié en la participación —«contamos con vosotros (...) para que participéis en la vida económica y social»⁵⁰— negando implícitamente cualquier clase de coacción en uno u otro sentido, ya que «toda la política social que se ha creado en estos años de nueva planta ha sido debida a una presión pacífica y libre, ejercida por los gobernados cerca de los gobernantes»⁵¹. Pese a los límites que había para que esa participación fuera auténtica, interpretó la aprobación por referéndum de la Ley Orgánica del Estado (LOE) en 1966, momento culminante del proceso de institucionalización del régimen, como la victoria de todo el pueblo español⁵². La ley iba a perpetuar «más allá de la vida de Franco y más allá de nuestra propia vida, los ideales de unidad, paz y justicia que fuimos los primeros en proclamar y defender y hemos sido los más fieles en servir»⁵³.

El discurso populista de Falange durante esos años, como se puede ver, combinó el idealismo nacionalista más propio de la retórica utilizada en la inmediata posguerra con la propaganda sobre el desarrollo material y los avances en la previsión social, de manera semejante a como antes habían hecho el fascismo italiano y el nazismo alemán, ahora en clara competencia con el desarrollo del «Estado de bienestar» en el mundo occidental⁵⁴. En ese sentido fue especialmente intensa la actividad de Fraga Iribarne desde el Ministerio de Información y Turismo, que culminó con la famosa campaña de los «25 Años de Paz Española» en 1964, aunque ya a finales de los años cincuenta se habían elaborado varios proyectos de exposi-

⁴⁹ SOLÍS, J.: «España cara al futuro», *Arriba*, 18/7/1961.

⁵⁰ «Discurso del Ministro Secretario en la clausura del curso de la Escuela Sindical de San Sebastián», *ABC*, 25/8/1959.

⁵¹ «Declaraciones del ministro señor Solís Ruiz por Televisión Española», *ABC*, 3/7/1959.

⁵² *Arriba*, 17/11/1966.

⁵³ *Arriba*, 8/12/1966.

⁵⁴ MASON, T.: *Social Policy in the Third Reich. The Working Class and the «National Community»*, Oxford, OUP, 1993. GIORGI, Ch.: *La previdenza del regime. Storia dell'Inps durante il fascismo*, Bolonia, Il Mulino, 2004. HESSE, Ph-J. y LE CROM, J. P. (dirs.): *La protection sociale sous le régime de Vichy*, Rennes, Presses Universitaires, 2001. PATRIARCA, F.: *A Questão Social no Salazarismo 1930-1947*, Lisboa, Imprensa Nacional Casa da Moeda, 1995.

ciones sobre las «realizaciones de la España actual»⁵⁵. Sin embargo, al igual que en el discurso sobre la cuestión social, también el discurso de la paz social reflejaba la tensión inevitable entre un mensaje relativamente conciliador que trataba de integrar a las nuevas generaciones y una memoria oficial que seguía haciendo de la guerra, necesaria o inevitable, toda una pedagogía⁵⁶.

Solís intentó mantener y renovar el falangismo «sindicalizándolo» como plataforma para su actuación política, ha señalado Damián A. González⁵⁷. Su «democracia sindical» fue también un intento de dar respuesta a la presión de los trabajadores, tratando de desactivarla mediante la movilización, por un lado, y por otro mediante concesiones enmarcadas en un discurso de construcción del «Estado social» a la española, intentando de paso adquirir mayor legitimidad exterior mediante su reconocimiento por la Organización Internacional del Trabajo (OIT)⁵⁸. Según Àlex Amaya, la propaganda sindical habitaba en una «realidad virtual» ajena al proceso de transformaciones sociales que vivían las clases a las que pretendía representar, una contradicción que sería factor determinante en la decepción política en que terminó la apuesta sindical de Solís en octubre de 1969⁵⁹.

Pero ese empeño, al igual que su fracaso, no puede dissociarse de otras iniciativas de relegitimación social e institucionalización de la dictadura como la aprobación por Fraga Iribarne de una nueva Ley de Prensa e Imprenta en 1966, o el desarrollo político en los sucesivos proyectos para una ley de asociaciones. De ahí que Carrero Blanco defendiera ante Franco «la conveniencia del cese de Solís por empecinarse en sacar adelante una Ley Sindical tan recusable como los proyectos de Leyes Fundamentales de 1956, pues otorgaba todo el poder a la Organización Sindical, a semejanza de Arrese que pretendía todo el poder para la Secretaría General del Movimiento»⁶⁰. La tan traída y llevada Ley Sindical acabaría aprobándose en 1971, despojada de cualquier novedad relevante.

CAUDILLISMO, REPUBLICANISMO Y MONARQUÍA

En esa misma lógica interna de retórica populista debe entenderse la demanda del republicanismo, que constituyó precisamente por su contenido ambiguo y

⁵⁵ Dirección General de Información, *Proyecto de una exposición permanente sobre «Realizaciones de la España actual»* (s.a ¿1959?). Archivo General de la Universidad de Navarra (AGUN), caja 003/115/113.

⁵⁶ AGUILAR, P.: *Políticas de la memoria y memorias de la política*, Madrid, Alianza, 2008, pp. 189-206.

⁵⁷ GONZÁLEZ MADRID, D.: «La banalización de FET-JONS», *Spagna Contemporanea*, 39 (2011), pp. 7-30.

⁵⁸ MATEOS, A.: *La denuncia del Sindicato Vertical*, Madrid, CES, 1997.

⁵⁹ AMAYA QUER, À.: «El discurso de la doble legitimidad en la propaganda de la Organización Sindical Española», en NICOLÁS, E. y GONZÁLEZ, C. (eds.): *Ayeres en discusión. Temas clave de historia contemporánea hoy*, Murcia, Universidad de Murcia/AHC, 2008.

⁶⁰ LÓPEZ RODÓ, L.: *Memorias*, Barcelona, Plaza y Janés/Cambio 16, 1990, p. 402.

reactivo un elemento central de la cultura política del falangismo durante el franquismo. Si bien hundía sus raíces en los años republicanos, se alimentó del antagonismo por la hegemonía dentro de la coalición contrarrevolucionaria y se mantuvo como un elemento de socialización para las nuevas generaciones hasta prácticamente el final de la dictadura. No es de extrañar, por tanto, que constituyera uno de los elementos principales en la identidad de los grupos juveniles y más radicalizados, hasta convertirse en una especie de «sebastianismo» —primero con José Antonio, luego con Hedilla— entre los defensores de la «revolución pendiente». Pero la memoria del «ausente» cumpliría un papel relevante en todo el imaginario falangista, sin que fuera un impedimento —o no se dejó que llegara a serlo— para atar con hierro la Falange a Franco.

En realidad, el republicanismo falangista constituye un ejemplo de derivación populista de un problema en origen doctrinal e institucional que se planteó a todos los fascismos. En general, como hemos visto, estos se preocuparon muy poco por elaborar una teoría del liderazgo, no solo por la aversión a la sistematización teórica, sino también porque el carisma del que estaba revestido el líder pertenecía, por sus mismas características, más a la esfera mítica que a la jurídico-institucional. Lo ha explicado Emilio Gentile: la figura del jefe carismático, «non necessariamente legato alla lettera di leggi e istituzioni», estaba intrínsecamente unida a la cultura y la mentalidad fascista como personificación del mito⁶¹. En los estatutos del PNF ni siquiera se había previsto un procedimiento para el caso de su desaparición repentina, porque pocos se atrevían a ofender la «sacralità carismatica» del *Duce* con una hipótesis de sucesión⁶².

Sin embargo, tras la conquista del poder, el jefe era también la culminación jerárquica de un régimen político basado en la unidad de mando, de ahí que la fusión entre la jefatura del partido y la del gobierno se convirtiera en el principal problema político para los fascistas. Como escribía en 1938 Carlo Castamagna, «il problema del *Capo* è il più delicato fra tutti i problemi aperti dalla organizzazione dello Stato Nuovo», dado que la revolución en curso bajo la guía de un hombre excepcional no evitaba que el régimen, si quería permanecer e incluso convertirse en un «sistema de vida», pudiera obviar por su estructura jerárquica la necesidad de un jefe aunque no estuviera dotado de las características extraordinarias de Mussolini. Un problema grave no sólo por los aspectos teóricos o jurídicos que planteaba, sobre todo en la relación entre los poderes del partido, el gobierno y el Estado, sino porque afectaba a «la realtà esistenziale del sistema politico fascista», al dilema fundamental entre mito y organización⁶³.

⁶¹ GENTILE: *ob. cit.*, p. 147.

⁶² *Ibid.*, p. 211.

⁶³ *Ibid.*, p. 146.

En el caso español, la subordinación de FET y de las JONS al mando militar permite hablar más de «franquismo» que en el caso italiano de «mussolinismo». Aun así el exsindicalista revolucionario Sergio Panunzio se había basado en Max Weber para elaborar una doctrina del caudillaje que reafirmara el carácter históricamente excepcional del poder carismático de Mussolini, un estado de gracia heroico, sobrenatural y providencial, superior por tanto a cualquier forma jurídica y no transferible a un sucesor. También en España Javier Conde, en el seno del Instituto de Estudios Políticos, elaboró una teoría del caudillaje carismático de acuerdo con la doctrina fascista, aunque alejando definitivamente cualquier tentación de imponer la primacía del partido único y, como ha señalado Ismael Saz⁶⁴, tras la derrota del Eje revinculando la autoridad de Franco al desarrollo institucional. Mientras tanto los medios de propaganda del régimen fueron construyendo alrededor de Franco un mito al que el falangismo, según el reciente estudio de Laura Zenobi⁶⁵, contribuyó no de manera única, pero sí determinante.

Con el paso de los años ese mito iría adquiriendo otros contenidos que hacían hincapié en la estabilidad y el orden representado por Franco en un proceso inevitable de «rutinización»⁶⁶, pero al mismo tiempo se planteaba con mayor intensidad el problema sobre cómo perfilar institucionalmente las competencias entre los distintos poderes del Estado. Además, se hacía cada vez más apremiante solucionar el tema de la sucesión ante la paradoja de que «el caudillaje ha de tener sucesión, pero no tiene sucesores», como tantas veces se escribió entonces, y de que el régimen no debía acabar con la persona que lo había encarnado por mandato del pueblo y de la providencia divina. Como había afirmado José Antonio en 1933 durante el discurso fundacional de Falange en el Teatro de la Comedia, citando a San Francisco de Borja, tampoco ellos querían servir a señor que se les pudiera morir.

En ese marco político el republicanismo pasaría a cumplir desde los años cincuenta una función clave en el antagonismo que enfrentaba a los falangistas con los monárquicos, no solo, ni mucho menos, por la cuestión de la forma de gobierno, que para los primeros podía ser accidental, sino como representación discursiva de los dos proyectos enfrentados. En otras palabras, la república no representaba para los falangistas una forma más o menos circunstancial que adquiriría el ejercicio del poder, ni por supuesto hacía referencia a la cultura política secular del republicanismo progresista ni menos aún a la breve experiencia de la

⁶⁴ SAZ, I.: «Franco, ¿caudillo fascista? Sobre las sucesivas y contradictorias concepciones falangistas del caudillaje franquista», *Historia y Política*, 27 (2012), pp. 27-50.

⁶⁵ ZANOBI, L.: *La construcción del mito de Franco. De jefe de la Legión a Caudillo de España*, Madrid, Cátedra, 2011.

⁶⁶ El concepto de «rutinización» del carisma fue elaborado por Max Weber, aunque ha sido sometido a crítica por su carácter contradictorio; otros autores han hablado de «banalización» del carisma. Ver DEUSDAD AYALA, M.^a B.: *El carisma político en la teoría sociológica*, Tesis Doctoral, Universidad de Barcelona, 2001 (<http://www.tdx.cat/handle/10803/2962>).

II República. Funcionaba como una metáfora de las demandas de justicia social, participación popular e integración cultural de sectores sociales que Falange trataba de atraer en su beneficio y, a la vez, convocar con la misma formulación retórica de esas demandas. Como afirmaba un documento del grupo de intelectuales monárquicos pertenecientes al Opus Dei en 1961:

El predominio de la Falange se debe a que Franco la considera como su creación e instrumento político, cuya utilidad encuentra manifiesta. Le ha mantenido en paz a los obreros (...). Le ha servido para vigilar o coaccionar a los otros grupos políticos o sociales que podrían discutir el poderío absoluto de Franco⁶⁷.

En su misma ambigüedad, y gracias a ella, el republicanismo resultó útil a Falange como «ideología operativa» en oposición a los proyectos monárquicos, aunque la Ley de Sucesión de 1947 había puesto una piedra en el camino con la que habría de contar en el futuro. En la polémica cultural desarrollada entre 1948 y 1956 no se discutió el tema de la forma del Estado, pero estaba implícito, y cuando después de 1956 se replanteó con fuerza la institucionalización del régimen, incluso tras el fracaso de los proyectos de Arrese, los debates sobre el Movimiento-organización, el asociacionismo o el contenido de la LOE reflejaban la vigencia del conflicto. En uno de los pocos estudios sobre el tema Nicolás Sesma escribe:

A la Falange oficial no le interesaba la sólida fundamentación teórica de un modelo de Estado y de Gobierno, sino tan sólo superar de forma accidentalista los distintos obstáculos que se plantearan al mantenimiento de su cuota de poder. En este sentido, el republicanismo no fue sino uno más de los recursos retóricos que le sirvieron para revestir su falta de ambición política⁶⁸.

Sin duda el republicanismo fue un recurso retórico, lo que no está tan claro que sirviera solo para enmascarar una impotencia política y una práctica meramente oportunista en la lucha por espacios de poder. Formaba parte del imaginario falangista y, como tal, de su identidad política, indispensable para la socialización de las nuevas generaciones. Así, en un informe de 1955 del jefe nacional del SEU, Jordana de Pozas, para el ministro Fernández Cuesta le respondía a este que no debía sorprenderse de la hostilidad de las bases contra la monarquía, dado que todos los jóvenes falangistas recibían esa formación antiborbónica, hasta el punto de persuadirles de que las medidas encaminadas a la instauración monárquica solo eran «maniobras de distracción» impuestas por el contexto internacional⁶⁹.

⁶⁷ *La situación política española, a mediados de 1961*, s/n (¿Florentino Pérez Embid?). AGUN, caja 003/116/052.

⁶⁸ SESMA LANDRÍN, N.: «El republicanismo en la cultura política falangista. De la Falange fundacional al modelo de la V República francesa», *Espacio, Tiempo y Forma, Serie V, Historia Contemporánea*, 18 (2006), pp. 261-283.

⁶⁹ Citado en MOLINERO e YSÀS: *Anatomía del franquismo*, ob. cit., p. 29.

Los periódicos del Movimiento, sobre todo después de la Ley de Prensa e Imprenta de 1966, alimentaron esa retórica porque mantener la tensión antagonista con los medios monárquicos era otra manera de movilizar a sus lectores. Así, mientras el *ABC* atacaba a los «profetas republicanizantes de la justicia social», el diario de Sindicatos, *Pueblo*, recordaba que en España había tan pocos monárquicos como republicanos y advertía contra cualquier pretensión de volver a una monarquía como «la que fue derrocada en 1931 con el asentimiento general». El órgano de Falange, *Arriba*, se indignaba ante los ataques de «algún sector cortesano», defendiendo la «instauración» de una monarquía «eminentemente social, muy distinta a la que presidió en los últimos tiempos nuestra decadencia», como había declarado Franco⁷⁰. La posibilidad de una regencia para cuando llegara el momento de la sucesión, recogida en la LOE aunque como fórmula provisional, fue utilizada por los falangistas como una «espada de Damocles» para apoyar sus posiciones en los debates sobre la institucionalización. Lo reconocían los propios monárquicos:

Si Franco muriera sin preparar la sucesión, es del todo improbable que de la reunión funeraria del Consejo del Reino saliese una Monarquía; saldría la Regencia de un General. Y de unas elecciones, saldría la república, con una etapa previa de caos político⁷¹.

El republicanismo funcionó asimismo como un «concepto flotante» para abrir espacios ambiguos entre derecha e izquierda, una estrategia discursiva utilizada a menudo por los publicistas falangistas, entre los cuales destacó Emilio Romero con sus «gallos» del diario *Pueblo*. Que este se presentara como adalid de la justicia social, acusando a la izquierda antifranquista de «burguesa» o «neocapitalista», no dejaba de ser visto por muchos con perplejidad lógica, como un ejercicio de falsa demagogia incoherente con el tono autoritario de sus artículos y la posición real de su autor⁷². Pero sí existieron lo que se podrían denominar «espacios de frontera», por ejemplo el representado por la revista *Índice* del falangista radical Juan Fernández Figueroa, donde pudo tener cabida incluso la colaboración de la izquierda antifranquista o temas como la II República⁷³. En octubre de 1966 publicó un número monográfico titulado *¿República o Monarquía?* con un texto de Juan Marichal y fotos de Negrín y Azaña, que fue denunciado precisamente por Emilio Romero desde *Pue-*

⁷⁰ MUÑOZ SORO, J.: «Hacia la transición: Monarquía y República en los debates de la prensa», en Ángeles Lario (ed.): *Monarquía y República en la España Contemporánea*, Madrid, UNED-Biblioteca Nueva, 2007, pp. 329-349.

⁷¹ *El momento actual en España*, Madrid, 1/6/1959. AGUN, caja 003/115/042.

⁷² *Pueblo*, 1/2/1967. La revista *Cuadernos para el Diálogo*, por ejemplo, afirmaba que «*Pueblo* no es, en absoluto, el portavoz de los trabajadores españoles», al revés, «significa una barrera de contención»; Editorial, «Prensa obrera», 106 (julio 1972), pp. 6-7. Ver MUÑOZ SORO, J.: *Cuadernos para el Diálogo. Una historia cultural del segundo franquismo (1963-1976)*, Madrid, Marcial Pons, 2006.

⁷³ Sobre la revista *Índice* ver OSKAM, J.: *Interferencias entre política y literatura bajo el franquismo. La revista "Índice" durante los años 1951-1976*, Universidad de Amsterdam, 1992.

blo con un amenazante «Ni una milésima más»⁷⁴. En 1968 *Índice* fue secuestrado y su director procesado por el TOP a causa de un editorial titulado «Miedo monárquico», donde afirmaba que ese dilema era un sofisma, porque «si hay elección democrática, ya *sin Franco*, no habrá Monarquía»⁷⁵.

La proclamación de Juan Carlos como sucesor en la Jefatura del Estado, el 22 de julio de 1969, pareció cerrar definitivamente estos debates. En su discurso Franco recordó «que el Reino que nosotros, con el consentimiento de la Nación, hemos establecido, nada debe al pasado; nace de aquel acto decisivo del 18 de julio, que constituye un hecho histórico trascendente que no admite pactos ni condiciones (fuertes aplausos y voces de ¡Franco, Franco, Franco!), mientras que Juan Carlos en el suyo reconoció «que recibo de Su Excelencia el Jefe del Estado y Generalísimo Franco la legitimidad política surgida el 18 de julio de 1936 (fuertes y prolongados aplausos de toda la Cámara), en medio de tantos sacrificios, de tantos sufrimientos, tristes, pero necesarios, para que nuestra Patria encauzase de nuevo su destino»⁷⁶.

La práctica totalidad de los procuradores falangistas votó a favor, aunque alguno sintió la necesidad de justificarse por ello. Según Girón, había sido la mejor manera de servir a Falange, no solo por su indiferencia hacia la forma de gobierno, sino porque «instauraba» y no «restauraba» una monarquía muy distinta de la que había «fenecido gloriosamente» en 1931, como había dicho José Antonio. Pero más significativo era el reconocimiento de que oponerse al propósito de Franco habría incapacitado a los falangistas para luchar por la aplicación de su doctrina⁷⁷. El Ministerio de Información y Turismo siguió las repercusiones en todo el país de la proclamación, que los falangistas acataron «por lealtad al Caudillo», aunque muchos lo hicieran con reservas y los sectores más politizados con escepticismo. La contestación más grave llegó de los Círculos Doctrinales José Antonio, donde se acordó expulsar a los miembros que habían votado a favor, entre ellos Miguel y Pilar Primo de Rivera, si bien se lograría finalmente evitarlo⁷⁸. Los medios de propaganda del Movimiento también hicieron un amplio despliegue para explicar que:

El nombramiento de sucesor no modifica en nada ni la visión ni los proyectos del Movimiento Nacional; antes bien, los apuntala, en tanto precisamente la fidelidad jurada a los Principios Fundamentales es el punto de arranque de quien por volun-

⁷⁴ «¿República o Monarquía? La opinión de nuestros colaboradores», *Índice*, 211-212 (1966); *Pueblo*, 7/10/1966.

⁷⁵ «Miedo Monárquico», *Índice*, 230 (1968), p. 7. Cursiva en el original.

⁷⁶ «Sesión plenaria y extraordinaria celebrada los días 22 y 23 de julio de 1969», en MARTÍNEZ CUADRADO, M. (ed.): *Cambio social y modernización política. Anuario político español, 1969*, Madrid, Edicusa, 1969, pp. 195-197.

⁷⁷ LÓPEZ RODÓ, L.: *La larga marcha hacia la Monarquía*, Barcelona, Noguer, 1977, pp. 646-647.

⁷⁸ *Informes de la Oficina de Enlace del MIT sobre las reacciones en España al nombramiento de Juan Carlos como sucesor en 1969*, Archivo General de la Administración (AGA), Sección Cultura (3), fondo 104.4.

tad de las Cortes Españolas habrá de hacerse cargo en su día de la Jefatura del Estado⁷⁹.

Se cumplía así la apreciación que varios años antes había realizado un destacado intelectual monárquico, Rafael Calvo Serer, en el sentido de que Franco había abierto un proceso en el que se intentaba «falangizar a la Monarquía o monarquizar a la Falange»⁸⁰. La monarquía era «el resultado de la institucionalización del nuevo Estado del 18 de julio de 1936», pero no solo por decisión de Franco, como explicaba Herro Tejedor unos años después ante el inminente cumplimiento de las «previsiones sucesorias»: había sido «el pueblo español» el que, una vez «estuvo en posesión de su soberanía, instauró una Monarquía sobre el cuadro de valores e instituciones que el pueblo se había dado»⁸¹. El pueblo aparecía otra vez como fuente de legitimación. El «rey de todos los españoles» sería desde entonces objeto de otros discursos populistas destinados a construirle una nueva legitimidad democrática⁸², con la muy importante colaboración de algunos falangistas.

CONCLUSIONES: UN POPULISMO ENTRE LA COERCIÓN Y EL CONSENSO

Desde luego Falange no monopolizó el poder, «sin embargo —como ha escrito Sheelagh Ellwood— ningún otro grupo individualmente considerado tuvo más representantes que la Falange; a ningún otro grupo le fue permitido ni siquiera mantener su estructura anterior a la guerra, su nombre ni sus símbolos y publicaciones, y no digamos ya proyectarlos sobre la sociedad como lo hizo la Falange a lo largo del régimen de Franco»⁸³. Ese poder ejercido a través de sus organizaciones y de los Sindicatos, esa presencia en todos los niveles institucionales y de la administración, desde la Secretaría General del Movimiento a cualquier alcaldía del país, ese monopolio sobre gran parte de la construcción simbólico-ideológica del franquismo⁸⁴, sin duda dieron a Falange amplias posibilidades para influir sobre la sociedad española durante casi cuarenta años. Valorar hasta dónde esas posibilidades se hicieron realidad es un problema historiográfico nada fácil de resolver.

⁷⁹ Franco y el Príncipe de España. *La Monarquía del Movimiento Nacional*, Madrid, Ediciones del Movimiento, 1972, p. 39.

⁸⁰ Carta de Calvo Serer a José María Pemán, *Esquema para una acción política inmediata (La experiencia de veinte años)*, s/f (1964). AGUN, caja 003/116/002.

⁸¹ *Anteproyecto de conclusiones elaborado por la ponencia constituida en el seno de la Sección Mixta del Consejo Nacional para el estudio de "La concepción política del Movimiento y su proyección frente a la subversión ideológica"*, presidida por Fernando Herrero Tejedor, 19/6/1974.

⁸² ZUGASTI, R.: *La forja de una complicidad. Monarquía y prensa en la Transición española (1975-1978)*, Madrid, Fragua, 2007.

⁸³ ELLWOOD: *ob. cit.*, p. 113.

⁸⁴ BOX, Z.: *España, año cero: La construcción simbólica del franquismo*, Madrid, Alianza, 2010.

El populismo falangista, algunos de cuyos temas hemos visto aquí, era en gran medida la respuesta a una crisis. Es verdad que aquellos temas y tonos populistas formaban parte del arsenal ideológico del falangismo desde sus orígenes, de manera muy semejante a otros fascismos europeos, pero su uso retórico durante los años sesenta era una respuesta a la grave crisis de legitimidad de los valores sobre los que se sustentaba, tanto dentro de la coalición de fuerzas que apoyaba al franquismo, como frente a una sociedad que estaba reconquistando cada vez mayores espacios de autonomía. Ante el reto constante de sus aliados/rivales monárquicos reaccionarios, con su concepción tecnoautoritaria de la política, y en respuesta a las crecientes demandas sociales de mayor participación, pero al mismo tiempo legitimándose en ellas mediante un proceso en apariencia paradójico, los falangistas recurrieron a un lenguaje populista plagado de conceptos «vacíos» y «flotantes», en el sentido definido por Laclau. Hablar de «justicia social», «república» o «desarrollo político» les permitía jugar en un espacio ambiguo, «de frontera», una «tierra de nadie» entre la derecha y la izquierda especialmente útil en momentos de cambio social y rupturas epistemológicas.

Tras la derrota de los fascismos y sus fracasos en los sucesivos intentos por controlar los resortes del Estado en su totalidad, incluidos los simbólicos, el falangismo acentuó sus apelaciones al «pueblo», a su integración en el sistema y su participación como fuente de legitimidad. Sin embargo, esa atribución de un rol «tribunicio» dentro del propio Estado chocaba con su defensa y justificación de un ejercicio del poder que seguía basándose en la represión, por más que esta se hubiera hecho mucho más selectiva a causa de las nuevas exigencias de normalización internacional⁸⁵. La crisis de hegemonía del franquismo, dicho en términos gramscianos⁸⁶, resultado de las fuertes presiones sociales «desde abajo» que, a su vez, abrieron mayores divisiones dentro del bloque del poder franquista, hizo inevitable seguir recurriendo a los mecanismos de dominación precisamente cuando estos tenían un mayor coste de legitimidad para el régimen tanto dentro como fuera de España. En ese proceso complejo deben entenderse los intentos de Falange por ganar, o al menos mantener, cuotas de poder político por medio de una mayor influencia social a través de varias vías que iban desde el proceso de institucionalización —asociacionismo y «desarrollo político»— a la información —Ley de Prensa e Imprenta de 1966— pasando por el aperturismo sindical. Como sabemos, a largo plazo todo ello acabó haciendo aún más evidentes las contradicciones del sistema.

⁸⁵ El concepto de «rol tribunicio» en HERMET, G.: *Los católicos en la España franquista*. Madrid, CIS, 1985.

⁸⁶ GRAMSCI, A.: *El materialismo histórico y la filosofía de Benedetto Croce y Notas sobre Maquiavelo, política y el Estado moderno*, México, Editor Juan Pablos, 1975.

Tampoco resulta fácil analizar la recepción social de ese mensaje populista. Las cifras de difusión de la prensa del Movimiento e incluso del diario *Pueblo*, muy pobres en términos absolutos e inferiores a la prensa de propiedad privada o anterior a la guerra en términos relativos⁸⁷, parecen indicar que el mensaje no superó los límites de las propias estructuras del régimen y que, quizás no los destinatarios, pero al menos sí los verdaderos receptores eran tan franquistas como sus emisores. De hecho, el eco de buena parte de esa información llegaba a la sociedad a través de medios sociales ajenos al régimen, como las revistas *Cuadernos para el Diálogo*, *Triunfo* o *Destino*, y por tanto mediatizado e interpretado por estas en sentido muy distinto al original. Las cifras de afiliación en las organizaciones del Movimiento tampoco arrojan resultados mucho más satisfactorios para el proselitismo impulsado por Solís: en 1965 el 85% de los afiliados era mayor de 45 años, y en 1969 menos del 1% de la población entre 11 y 20 años pertenecía a alguna de sus organizaciones juveniles, mientras que la Sección Femenina contaba ese último año con solo 2.916 nuevos ingresos, ninguno en 19 provincias y, por ejemplo, solo cuatro en la provincia de Barcelona⁸⁸.

En una sociedad con bajos índices de participación política como la española durante esos años⁸⁹ —como cualquier otra sociedad bajo una dictadura— y en la que la «inmensa minoría de ciudadanos» movilizados lo hacía precisamente en contra del régimen y cuestionando su legitimidad⁹⁰, la interpretación de su consenso social entre los sectores de población menos movilizados, lo que algunos autores han llamado «zonas grises»⁹¹, difícilmente puede pasar del estadio de

⁸⁷ TIMOTEO ÁLVAREZ, J.: «La información en la era de Franco: hipótesis interpretativa», y SINOVA, J.: «La difícil evolución de la prensa no estatal», en TIMOTEO ÁLVAREZ, J. y otros: *Historia de los medios de comunicación en España. Periodismo, imagen y publicidad (1900-1990)*, Barcelona, Ariel, 1989, pp. 222-230 y 262-272. MONTABES PEREIRA, J.: *La prensa del Estado durante la transición política española*, Madrid, CIS/Siglo XXI, 1989.

⁸⁸ MARTÍNEZ DEL VAL, J. M.ª: *¿Por qué no fue posible la Falange?*, Barcelona, Dopesa, 1975, pp. 148-158.

⁸⁹ El sondeo mensual realizado por ICSA-GALLUP para el periódico *Informaciones* entre enero de 1971 y noviembre de 1973 concluía que, respecto a otros países, el porcentaje de personas politizadas en España era nueve veces menor que en los EEUU, ocho que en Gran Bretaña, cinco que en México o cuatro que en Italia.

⁹⁰ YSÀS, P.: «¿Una sociedad pasiva? Actitudes, activismo y conflictividad social en el franquismo tardío», en SAZ, I. (ed.): *Crisis y descomposición del franquismo, Ayer*, 68 (2007), pp. 31-57.

⁹¹ Sobre el tema del consenso durante el franquismo, ver MORÁN, M.L.: «Los estudios de cultura política en España», *REIS*, 85 (1999), pp.97-129; SEVILLANO CALERO, F.: «Opinión y dictadura en España: la percepción de los cambios a través del análisis de la cultura política (1965-1977)», en SÁNCHEZ RECIO, G. (coord.), *Eppure si muove. La percepción de los cambios en España (1959-1976)*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2008, pp.213-221; RUIZ CARNICER, M. Á.: «El sistema y la fabricación de un nuevo consenso», en RACIA, J. y RUIZ CARNICER, M. Á.: *La España de Franco (1939-1975). Cultura y vida cotidiana*, Madrid, Síntesis, 2001, pp. 283-319; o FUERTES, C.: «El problema del consenso en el franquismo (c.1957-c.1976). Reflexiones sobre el estudio de las actitudes sociopolíticas de los españoles», en *II Encuentro de Jóvenes Investigadores de la AHC*, Granada, Universidad, 2010, así como los estudios del CIS, en <http://www.cis.es/cis/opencms/ES/index.html>.

conjetura. La hipótesis más afirmada es que fue en esos sectores donde caló con mayor intensidad el mensaje populista del franquismo, lo que Amando de Miguel definió como el «franquismo sociológico»⁹². El éxito de la publicística neofranquista en tiempos recientes ha sido interpretado también por Carme Molinero como un indicio de cierto éxito de la socialización de amplias capas de la población en los valores franquistas, pese a su posterior resocialización adulta en los valores democráticos⁹³. De hecho, la difusión social de ese tipo de literatura era muy anterior, pues se remonta hasta los primeros años de la transición, como demuestran los éxitos de ventas de Vizcaíno Casas y otros autores de lo que he definido como «el franquismo banal»⁹⁴.

El voto de esos sectores —junto a la abstención, probablemente elevada— en las primeras elecciones libres de junio de 1977 fue mayoritariamente a la Unión de Centro Democrático (UCD) de Adolfo Suárez, exsecretario general del Movimiento, mucho más que a la Alianza Popular (AP) formada por siete exministros franquistas y que a los grupos que reclamaron para sí la continuidad de FET y de las JONS, que ni siquiera legaron a superar el 1%. Pero quizás habría que hablar no tanto de «mayorías silenciosas» o «zonas grises», sino, utilizando las categorías de Michael Oakeshott⁹⁵, del espacio intermedio entre una «política redentora», que ya para entonces solo representaba la izquierda marxista, y una «política pragmática» o tecnocrática que había enarbolado la dictadura en sus últimos años. Un «no-terreno» dentro del cual se construye la política populista, la del «hombre común», que Adolfo Suárez supo utilizar con indudable maestría renovando sus contenidos y sus medios durante la transición⁹⁶. Ese espacio se abrió para muchos votantes que podían estar de acuerdo en que el franquismo había sido una época de paz, orden y prosperidad que culminaba institucionalmente en la monarquía, haciendo posible un cambio necesario para adaptarse a las nuevas circunstancias internacionales y a los profundos cambios de la sociedad española.

⁹² MIGUEL, A. de: *La sociología del Franquismo: análisis ideológico de los ministros del régimen*, Barcelona, Euros, 1974; e Id., *La herencia del franquismo*, Madrid, Cambio 16, 1976.

⁹³ MOLINERO, «El reclamo de la “justicia social”...», *ob. cit.*

⁹⁴ MUÑOZ SORO, J.: «De los intelectuales y su pasado: usos públicos de la cultura antifranquista», *Alcores*, 11 (2011), pp. 41-64.

⁹⁵ OAKESHOTT, M.: *La política de la fe y la política del escepticismo* (introducción y edición de Timothy Fuller), México, Fondo de Cultura Económica, 1998.

⁹⁶ Sobre el papel de los líderes carismáticos en las transiciones políticas, ver PASQUINO, G.: *La transizione a parole*, Bolonia, Il Mulino, 2000.